

Las letras ígneas habían desaparecido; siguieron diez segundos de obscuridad completa; y, de pronto, deslumbrantes y pareciendo más sólidas de lo que serían en carne y hueso, de más vivos efectos que la misma vida, surgieron, abrazadas, las imágenes estereoscópicas de un negro gigantesco y de una joven Beta-Más, de cabellos de oro y braquicéfala.

Sobresaltóse el Salvaje. ¡Qué sensación en los labios! Levantó una mano y la llevó a la boca; la titilación cesó; dejó caer de nuevo su mano sobre el botón metálico y se renovó la sensación. El órgano de perfumes, mientras tanto, exhalaba almizcle puro. Expirante, una superpaloma de rollo sonoro, arrulló: "Ru, ruu", y vibrando sólo a treinta y dos veces por segundo, una voz de bajo más que africana por la profundidad, respondió: "¡Aah-ah! ¡Uh-ah! ¡Uh-ah!", los labios estereoscópicos se juntaron de nuevo, y de nuevo las zonas faciales erógenas de los seis mil espectadores del Alhambra titilaron de un placer galvánico casi intolerable. "¡Uh...!"

El tema de la cinta era sumamente sencillo. Pocos minutos después de los primeros "¡Uhs!" y "¡Aahs!", se había cantado un dúo, y algunos escauceos amorosos fueron ejecutados sobre la famosa piel de oso, cada pelo de la cual (el Subdirector de Predestinación tenía razón en absoluto) podía sentir por separado y distintamente. Sufría el negro un accidente de helicóptero y caía de cabeza. ¡Pum! ¡Qué agudo dolor en la frente! Un coro de ¡Ah! y de ¡Ay! surgió del auditorio.

El porrazo mandó a paseo en un momento todo el acondicionamiento del negro. Sintió por la Beta rubia una exclusiva y vesánica pasión. Protestó ella. Persistió él. Y vinieron los forcejeos, las persecuciones, una agresión a un rival, y finalmente, un rapto sensacional. La rubia Beta fue raptada en medio de los aires, y retenida en constante vuelo, durante tres semanas, en un cerrilmente antisocial *tete-a-tete* con el negro loco. Por fin, y tras una serie de aventuras y abundantes acrobacias aéreas, tres hermosos jóvenes Alfás lograron liberarla. El negro fue enviado a un Centro de Reacondicionamiento para Adultos y la cinta terminó feliz y decorosamente, convirtiéndose la rubia Beta en querida de sus tres salvadores. Interrumpiéronse por un momento para cantar un cuarteto sintético, con gran acompañamiento superorquestal y de gardenia en el órgano de perfumes. Hizo después la piel de oso una última aparición, y entre un estrépito de sexófonos desvaneciéndose en la oscuridad el último beso estereoscópico, la última titilación eléctrica amortiguóse en los labios, como una expirante mariposa nocturna que palpita, palpita más débilmente cada vez, y queda por último inmóvil, completamente inmóvil.

Pero para Lenina, la mariposa no murió completamente. Aun después de encendidas las luces, mientras entre la multitud, iban lentos hacia los ascensores, aún palpitaba el fantasma junto a sus labios, aún trazaba sobre su piel leves arabescos estremecidos de angustia y de placer. Tenía encendidas las mejillas, los ojos como joyas de rocío, la respiración anhelante. Asióse al brazo del Salvaje y apretóle, inerte, contra ella. Miróla un momento, pálido, apenado, deseoso y avergonzado de su deseo. Él no era digno, no lo era... sus miradas se cruzaron por un momento. ¡Qué tesoros prometía la de ella! ¡Cómo temple, un bocado de rey! Rápidamente desvió la mirada y separó su brazo. Se sintió oscuramente aterrado de que ella cesara de ser algo de lo que él pudiese sentirse indigno.

-Creo que no se deberían ver estas cosas -dijo, apresurándose a transferir de Lenina a las circunstancias que les rodeaban el posible vituperio por cualquier imperfección presente o futura.

-¿Qué cosas, John?

-Esa horrible película.

-¿Horrible? -Lenina estaba sinceramente atónita -¡Pero si era muy agradable!

-Era abyecta -dijo él con indignación-, innoble...

Movió la cabeza.

-No sé lo que quieres decir... -¿Por qué eran tan extraño? ¿Por qué se complacía en amargarlo todo?

En el taxicóptero apenas la miró. Ligado por poderosos votos nunca dichos, obedeciendo a las leyes que hacía mucho habían cesado de regir, manteníanse silenciosos, apartados los ojos. A veces, como si un dedo hubiese tirado de una cuerda a punto de romperse, todo su cuerpo se estremecía por una súbita sacudida nerviosa.

Aterrizó el taxicóptero sobre la azotea de la casa de Lenina.

"¡Por fin!" -pensó ella triunfalmente al bajar-. "¡Por fin!" aun cuando hubiese estado tan raro hasta allí. De pie, bajo una lámpara miróse en su espejito... Sí, tenía la nariz un poquitín brillante. Sacudió el polvo que se había desprendido de la borla. Tendría el tiempo justo mientras él pagaba el taxi. Frotó la parte brillante, pensando: "Es enormemente hermoso. No tiene ninguna razón para ser tímido como Bernard. Y, sin embargo..., cualquier otro hombre lo habría hecho hace ya mucho tiempo. Pero, ¡por fin!". El fragmento de rostro en el redondo espejito sonrióle de pronto.

-¡Buenas noches! -dijo una voz ahogada a su espalda.

Lenina volvióse rápidamente. Estaba junto a la abierta portezuela del taxi, los ojos fijos y muy abiertos; de seguro habíalos tenido así todo el tiempo que ella estuvo dándose polvos en la nariz, esperando... ¿qué?, o dudando, intentando decidirse, y pensando todo el tiempo, pensando, no podía imaginarse en qué extraordinarias cosas.

-Buenas noches, Lenina -repetió, e hizo una mueca al intentar sonreír.

-Pero, John... Yo creía que... Y creía que no te irías...

Cerró la portezuela e inclinóse hacia adelante para decirle algo al conductor. El aparato lanzóse a los aires.

Mirando hacia abajo por la ventanilla del suelo, pudo ver el Salvaje a Lenina con la cabeza echada hacia atrás, pálida bajo la luz azulada de las lámparas. Tenía los labios entreabiertos, le llamaba. Su silueta, cada vez más pequeña, alejábale rápidamente de él; el cuadro de la azotea, reduciéndose, parecía hundirse en la noche.

Cinco minutos después entraba en la habitación. Sacó de su escondrijo el volumen roído de ratones y hojeó religiosamente las páginas manchadas y arrugadas, y púsose a leer *Otelo*. *Otelo* -recordaba- se parecía al héroe de *Tres semanas en helicóptero*. Era un negro también.

Limpiándose los ojos, cruzó Lenina la azotea hasta el ascensor. Mientras descendía al piso veintisiete, sacó el tubo de *soma*. No era bastante un gramo, resolvió; su pena requería más de un gramo. pero si tomaba dos, corría el riesgo de no despertar a tiempo a la mañana siguiente. Partió la diferencia y echó en su palma izquierda, ahuecada en forma de cuenco, tres pastillas de medio gramo.

CAPÍTULO XII

Bernard tuvo que gritar ante la puerta cerrada; el Salvaje no quería abrir.

-Todos están aquí, esperándote...

-Déjalos que esperen -replicó una voz velada a través de la puerta.

-Pero ya sabes, John (¡qué difícil es tener un tono persuasivo cuando se grita a voz en cuello!) que los he invitado expresamente para que te conocieran.

-Debías haberme preguntado primero si yo quería *conocerlos*.

-Pero siempre has salido hasta ahora, John.

- Precisamente por eso no quiero salir más.

-Hazlo por mí -clamó Bernard con voz tonante-. ¿No quieres salir por complacerme?

-No.

-¿Lo dices de veras?

- Sí.

-Y ¿qué hago yo ahora? -gimió Bernard desesperadamente.

-¡Vete al demonio! -gritó dentro una voz furiosa.

-¡Pero si ha venido esta noche el Archichante de Canterbury! -Bernard casi lloraba.

-*Aj yaa takua!* -sólo en zúñi podía expresar adecuadamente el Salvaje lo que pensaba del Archichante-. *Hani!* -agregó tras de haberlo pensado; y luego (¡y con qué sarcástica ferocidad!)-: *Sons éso tse-ná.* -Y escupió en el suelo, como pudiera hacerlo Popé.

Por fin Bernard tuvo que marcharse cabizbajo, deprimido, a sus habitaciones e informar a la impaciente concurrencia que el Salvaje no saldría aquella noche. La noticia fue acogida con indignación. Los hombres estaban furiosos de que se hubiese jugado con ellos hasta el punto de hacerles tratar cortésmente a un ente insignificante, con pésima reputación y opiniones heréticas. Cuanto mayor era su jerarquía, más profundo era su resentimiento.

-¡Darme a mí una broma como esta! -repetía constantemente el Archichante-. ¡A mí!

En cuanto a las mujeres, estaban indignadas de ver que habían sido poseídas con engaño por un desdichado hombrecillo en el envase del cual se habían echado alcohol por equivocación, por una criatura que tenía el físico de un Gamma-Menos. Era una ofensa, y proclamaron en voz cada vez más alta. La Directora de Eton fue particularmente implacable.

Sólo Lenina no dijo nada. Pálida, velados los azules ojos por una desusada melancolía,

siguió sentada en un rincón, separada de cuantos le rodeaban por una emoción que ellos no compartían. Había venido a la reunión llena de un extraño sentimiento de ansioso alborozo. "Dentro de pocos minutos -pensaba al entrar en la sala- le veré, hablaré con él, le diré (pues había venido con su resolución tomada) que me gusta más que ninguno de cuantos he conocido. Y entonces, quizá dirá él..."

-¿Que diría él? La sangre le aflujó a las mejillas.

"¿Por qué estaría tan raro la otra noche, después del cine sensible? Es muy chocante. Y sin embargo estoy completamente segura de que realmente le gusto. Estoy segura..."

En este mismo momento fue cuando Bernard anunció que el Salvaje no asistiría a la reunión.

Sintió Lenina de repente todas las sensaciones que se experimentan normalmente al comienzo de un tratamiento de sucedáneo de Pasión Violenta: una sensación de horrible vacío, una aprensión anhelante, náuseas. Parecía que su corazón cesaba de latir.

"Quizá sea porque no le gusto", se dijo. Y en seguida esta hipótesis convirtióse en una certidumbre inconcusa: John había rehusado ir con ella porque no le gustaba. No le gustaba.

Es realmente demasiado -decía la Directora de Eton al Director de Crematorios y de Recuperación de Fósforo-. Cuando pienso que yo, sin más ni más...

-Sí -dijo la voz de Fanny Crowne-, es absolutamente cierto eso del alcohol. Yo conozco a una que a su vez conoce a la que trabajaba entonces en el Depósito de Embriones -Ésta se lo dijo a mi amiga y mi amiga a mí...

-Es verdaderamente triste -dijo Henry Foster, manifestando su simpatía al Archichante-. Quizá pueda interesarle a usted saber que nuestro Ex Director estaba a punto de trasladarle a Islandia,

Atravesando por cada una de las palabras pronunciadas, el rotundo globo de la alegre confianza en sí mismo de Bernard se deshinchaba por mil heridas. Pálido, abstraído, abyecto y agitado, iba y venía entre sus invitados füllando incoherentes disculpas, asegurandoles que se sentasen y tomaran un *sandwich* de carotina, una lonja de pasta de vitaminas A, una copa de Champaña artificial. Comían con buen diente, pero hacían como si no le viesen; bebían y se mostraban groseros con él, o hablaban de él entre sí, en voz alta y de un modo mortificante, como si no estuviese presente.

-Y ahora, amigos míos -dijo el Archichante de Canterbury, con aquella hermosa y sonora voz con que dirigía las ceremonias del Día de Ford, -ahora, amigos míos, creo que ha llegado el momento...

Púsose en pie, posó su copa, sacudió de su chaleco púrpura las migajas de una respetable colación, y se dirigió a la puerta.

Bernard precipitóse hacia él para impedirlo.

-¿De veras se marcha usted, señor Archichante?...

Aún es muy temprano. Yo creía que...

Sí, ¿qué no había esperado cuando Lenina díjole confidencialmente que el Archichante aceptaría una invitación si se la enviaban? "Es muy amable, ¿sabes?". Y le enseñó a Bernard el pequeño cierre de cremallera, de oro y en forma de T, que el Archichante le había dado como recuerdo del fin de semana que pasó en la Cantoría Diocesana. *Asistirán el Archichante de Canterbury y el señor Salvaje*. Bernard había proclamado su triunfo en todas las invitaciones. Pero el Salvaje, Bernard escogió precisamente aquella noche para encerrarse en su cuarto, gritar Hani! y hasta (por fortuna Bernard no entendía el zúfi): *Sons éso tse-ná!* Lo que debería haber sido el remate de la carrera de Bernard habíase convertido en un momento en la mayor de las humillaciones.

-¡Y yo que había esperado tanto...! -repetía balbuciendo, los ojos implorantes y extraviados, puestos en el conspicuo dignatario.

-Mi querido amigo-dijo el Archichante en un tono severo, alto y solemne en medio de un silencio general-, permítame que le haga una advertencia -movió su dedo señalando a Bernard- antes de que sea demasiado tarde. Una advertencia saludable. -Su voz hízose sepulcral-. Enmiénde, amigo mío, enmiénde.

Hízole el signo de la T, y volvióse.

-Lenina, hija mía -dijo en otro tono-, vente conmigo.

Obediente, pero sin sonreír y (del todo insensible al honor que se le dispensaba) sin entusiasmo alguno, Lenina salió de la sala tras él. Los demás invitados siguiéronles tras un respetuoso intervalo. El último cerró de golpe la puerta. Bernard quedó solo.

Atravesando de parte a parte, desinflado del todo, dejóse caer en una silla, y, tapándose la cara con las manos, comenzó a llorar. Reaccionó al cabo de unos minutos, sin erabargo, y tomó cuatro tabletas de *soma*.

Allá arriba, en un cuarto, el Salvaje leía *Romeo y Julieta*.

Lenina y el Archichante detuviéronse en la azotea de la Cantoría.

-Apresúrate, amiguito, quiero decir, Lenina -gritó impaciente el Archichante, desde la puerta del ascensor. Lenina, que se había detenido un momento para mirar la Luna, bajó los ojos y cruzó apresurada la azotea.

Una Nueva Teoría de la Biología, tal era el título de la memoria que Mustafá Mond terminaba de leer. Siguió sentado un rato, frunciendo meditando las cejas; tomó después su pluma y escribió cruzando la portada: "La forma con que al autor trata matemáticamente la concepción del fin, es nueva y muy ingeniosa, pero herética y, en lo que atañe al presente orden social, peligrosa y subversiva en potencia. *No se publique*. -Subrayó estas palabras-. Debe vigilarse al autor. Quizá pueda hacerse necesario su traslado a la Estación de Biología Marina de Santa Elena."

¡Qué lástima! -pensó mientras firmaba-. Es un trabajo admirable, pero una vez que se empiezan a admitir explicaciones de orden finalista, no se sabe dónde se irá a parar. Son esta clase de ideas las que más fácilmente pueden descondicionar las mentes menos sólidamente encuadradas de las castas superiores, haciéndoles perder su fe en la felicidad como Soberano Bien, y hacerles creer, en su lugar, que la meta está en cualquier parte más allá, en cualquier parte fuera de la presente esfera humana; que el fin de la vida no es el mantenimiento del bienestar sino una intensificación,

un refinamiento de la conciencia, un aumento del saber. Lo que -reflexionaba el Administrador- es posiblemente verdad. Pero no admisible en las presentes circunstancias." Volvió a coger la pluma, y bajo las palabras No se publique trazó una segunda raya, más gruesa y más negra que la primera; suspiró "¡Que bien se pasaría si no se tuviera que pensar en la felicidad!"

Cerrados los ojos, arrobado y radiante el rostro, John declamaba suavemente en la soledad:

A arder enseña con fulgor las teas;
y pende en las mejillas de la noche
cual rica joya de una oreja etíope
para la tierra en demasía bella.¹

La T de oro brillaba sobre el seno de Lenina. Retozón, cogióla el Archichante entre sus dedos; alegremente tiró y tiró.

-Me parece -dijo de pronto Lenina, rompiendo un largo silencio- que voy a tomarme un par de gramos de *soma*.

A aquella hora estaba Bernard profundamente dormido y sonreía en el particular paraíso de sus sueños. Pero inexorablemente, cada treinta segundos, el minuterio del reloj eléctrico colgado sobre su lecho avanzaba con un ruidillo casi imperceptible. Clic, clic clic, clic... Y llegó la mañana. Bernard hallóse de nuevo entre las miserias del espacio y del tiempo. Y en el estado de ánimo más deplorable, fue en taxi a su trabajo en el Centro de Acondicionamiento. La embriaguez del triunfo se había disipado; era sobriamente su antiguo yo; y contrastando con el pasajero globo de las últimas semanas, el antiguo yo parecía ser, aún más que nunca, más pesado que la atmósfera que le rodeaba.

A este deshinchado Bernard mostró el salvaje una inesperada simpatía. -Te pareces más a como eras en Malpaís -le dijo cuando Bernard contóle su lastimosa historia-. ¿Te acuerdas cuando hablamos por primera vez? Delante de la casucha. Ahora eres como eras entonces.

-Porque vuelvo a ser desgraciado; por eso.

-Bueno, ¿y qué? ¡Preferiría ser desgraciado a esa especie de felicidad falsa y engañosa que aquí tenías!

-¡Me gusta! -dijo Bernard amargamente-. ¡Cuando eres tú el causante de todo! ¡No quisiste asistir a mi reunión, y todos se volvieron contra mí!

Sabía que cuanto decía era absurdo e injusto. Reconocía para sus adentros y a fin de cuentas la verdad de cuanto decía el Salvaje sobre el escaso valor de unos amigos que podían trocarse, por una desatención tan leve, en encarnizados enemigos. Pero a pesar de que lo sabía y reconocíalo, a pesar del hecho de que su apoyo y simpatía fuesen ahora su único consuelo, Bernard continuaba alimentando perversamente, junto con su en absoluto sincera afección, un secreto

¹ O, she doth teach the torches to burn bright!
It seems she hangs upon the cheek of night
Like a rich jewel in an Ethiop's ear;
Beauty too rich for use, for earth too dear...

(Romeo and Juliet I. 5).

agravio contra el Salvaje, y maquinaba todo un plan de vengancillas contra él. Pensar en algo contra el Archichante era inútil; tampoco le era posible vengarse del Envasador Jefe o del Subdirector de predestinación. Como víctima, tenía el Salvaje para Bernard esta enorme superioridad sobre los otros: que era accesible. Una de las principales funciones de un amigo es el sufrir (en forma más suave y simbólica) los castigos que queremos, y no podemos infligir a nuestros enemigos.

El otro amigo-víctima de Bernard era Helmholtz. Cuando, vencido fue otra vez en busca de una amistad que en sus prosperidades no había juzgado útil conservar, Helmholtz otorgósele; y otorgósele sin una queja, sin un comentario, como si se le hubiera olvidado que hubiese habido jamás entre ellos un disgusto. Conmovido, sintióse Bernard humillado al mismo tiempo por tal magnanimidad, magnanimidad más extraordinaria aún, y por lo tanto aún más humillante, porque no era debida al soma, sino por completo a la índole de Helmholtz. Era el Helmholtz de la vida diaria quien olvidaba y perdonaba, no el Helmholtz de las vacaciones que dan medio gramo de soma. Bernard mostróse lo debidamente agradecido (era un consuelo enorme haber vuelto a hallar a su amigo) y a la par lo debidamente resentido (sería un gran placer vengarse de Helmholtz por su generosidad).

La primera vez que se encontraron después de su alejamiento, Bernard contó el cuento de sus desgracias y aceptó sus consuelos. Sólo algunos días después se enteró con sorpresa y dolorosa vergüenza, que no era él solo quien tenía dificultades. También Helmholtz había chocado con la Autoridad.

-A causa de unos versos -explicó-. Explicaba mi curso acostumbrado de Técnica Emocional Superior a los estudiantes del tercer año. Doce conferencias, la séptima de las cuales trata de versos. "Sobre el empleo de los versos en la Propaganda Moral y la Publicidad", para concretar, había ilustrado siempre mi conferencia con una porción de ejemplos técnicos. Esta vez quise ponerles uno que yo mismo acababa de escribir. Pura locura, desde luego; pero no pude resistir la tentación -se echó a a reír-. Tenía curiosidad por ver sus reacciones. Además -agregó más en serio- quería hacer un poco de propaganda: quería hacerles sentir algo de lo que sentí cuando escribí los versos, ¡Ford! -Rió de nuevo- ¡La que se armó! El Jefe me llamó y amenazándome con ponerme inmediatamente de patitas en la calle. ¡Ya estaba fichado!

-Pero ¿qué decían tus versos? -preguntó Bernard.

-Hablaban de la soledad.

Bernard arqueó las cejas.

Te los recitaré, si quieres.

Y Helmholtz comenzó:

El Comité de ayer
aún suena en los oídos
cual el eco apagado
de lejano zumbido.
flota la medianoche
en la ciudad vacía
-¡las máquinas paradas

y las faces dormidas:-

desiertos los lugares
que frecuente la gente...
se juntan los silencios
dulces, tristes, alegres

y hablan, pero con voces
que yo entender no puedo:
nostalgias de Susana
y Egeria, de su senos,

brazos y nalgatorio
forman una presencia;
¿cuál, cuál...? Y me pregunto
el porqué tal esencia,

absurda, de vacío
y de la nada hecha,
satura más mi noche
que esta otra a quien poseo
tan lleno de tristeza.

-Bueno, se los puse como ejemplo, y ellos me denunciaron al Jefe -No me sorprende -dijo Bernard-. Es precisamente opuesto a toda su enseñanza durante el sueño. No olvides que se les ha prevenido cuando menos doscientas cincuenta mil veces contra la soledad.

-Ya lo sé. Pero quería ver el efecto que producía.

-Pues ya le has visto.

Helmholtz se limitó a reír.

-Creo -dijo tras una pausa- que empiezo ahora a tener un tema sobre qué escribir. Me parece que comienzo a ser capaz de emplear este poder que siento tengo en mí, suplementario, latente. Me parece sentirle venir a mí.

"A pesar de sus inquietudes, parece -pensó Bernard- muy feliz".

Helmholtz y el Salvaje se entendieron en seguida. Tan cordialmente, que Bernard sintió escozor en los celos. Al cabo de una porción de semanas no había conseguido intimar tanto con el Salvaje como Helmholtz lo logró inmediatamente. Observándoles, oyendo su conversación, sentía algunas veces haberles puesto en relación. Se avergonzaba de sus celos y alternativamente hacía esfuerzos de voluntad y tomaba soma para no sentirlos. pero eran tan afortunados sus esfuerzos; y entre las escapadas de soma había necesariamente intervalos. Y el odioso sentimiento retornaba incansable.

En su tercer encuentro con el Salvaje, recitóle Helmholtz sus versos a la soledad.

-¿Qué te parecen? -preguntó cuando hubo terminado.